

EL CASO PROFUMO LAS ALCANTARILLAS La otra cara del caso Profumo

El asunto Profumo comenzó en una fiesta hace dos años organizada por Lord Astor. El ministro Profumo y su esposa, invitados a la piscina del lord, conocieron a Cristina Keeler, al doctor Ward y al diplomático ruso Ivanov.

En los meses siguientes el ministro cometió dos torpezas: escribir a C. K. y fotografiarse con ella. Iniciado el proceso comenzó a decirse que el ministro había preparado la fuga de C. K. a Madrid. Profumo declaró ante la Cámara de los Comunes, que nada tenía que ver con C. K. Sin embargo, los documentos comprometedores eran ya conocidos por los periódicos.

El 5 de junio último, Profumo envió su dimisión a Mac Millan y confesó: «He mentado».

Quizá el personaje central sea el doctor Ward, médico osteópata, retratista de Felipe de Edimburgo, los duques de Kent, de Tony A. Jones, médico de Churchill, Liz Taylor y relacionado con Mac Millan. Al abrigo de estas relaciones este famoso proxeneta ligaba la alta sociedad a los bajos fondos londinenses, donde reclutaba chicas de dudosa reputación. Es hijo de un canónigo de la Catedral de Rochester. La cultura e inteligencia de Ward son innegables. Cobraba sus dibujos a 50 libras esterlinas. Se le acusaba no obstante, de haber vivido en parte de las ganancias que le dejaba la prostitución. Esto es lo que ha asustado a los ingleses, que tal hombre fuese amigo de personas tan «respectables».

El Gobierno ha negado la suposición del espionaje, que arruinaría al partido conservador y enterraría definitivamente las posibilidades de armamentos atómicos británicos. Sin embargo, persiste la suposición de que se hayan puesto en peligro los secretos militares de Gran Bretaña por el cuadrilátero C. K.-Profumo-Ward e Ivanov.

Las consecuencias personales son: Ivanov fué trasladado a Rusia. Profumo ha perdido su brillante carrera, Ward procesado y C. K. sigue recibiendo ofertas por miles y millones de libras por el cine, la prensa, etc.

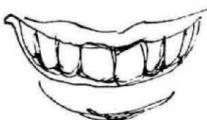
Las consecuencias políticas: el hundimiento quizá de un Gobierno Tory que duraba desde el comienzo del reinado de la Reina Isabel.

Los más pudibundos periódicos y los más pudibundos señores de Inglaterra y del mundo entero llevan rasgando las vestiduras, hace algunas semanas, ante el asunto Profumo. Parecían ignorar o desean aparecer como ignorantes de que bajo las calzadas existen alcantarillas, de que tras las flamantes sociedades que nos describen existe un oscuro mundo de amoralidad. Son los mismos señores y los mismos órganos informativos que nos describen, por ejemplo, Río de Janeiro como la más bella ciudad del mundo, pero no hacen una sola alusión a las «avelas» o chavolas que se encuentran en Río a solamente unos metros de los celebrados rascacielos. Por eso cuando sale a la luz del día un escándalo como el de Cristina Keeler y demás compañeros o alguien les recuerda el hambre junto al lujo, sienten una indignación que uno no sabe si se debe a los hechos en sí, pero que seguramente se debe a su revelación.

Es lo que les ocurre también a los historiadores con vocación de hagiógrafos o entonadores de himnos. Son capaces de hablarlos del siglo XV, por ejemplo, de gloriosos hechos y hazañas, del arte tierno de los primitivos, de la música maravillosa, pero son ciegos o desean ser ciegos para escarbar tras todo eso y encontrar, por ejemplo, una realidad tan terrible como la tortura. Porque en verdad que el caballo y la estrapada y la más horrible de las obscenidades son contemporáneas de los bellos pintores

primitivos. Echar un velo pudibundo sobre estas realidades es falsear la historia, y falsear el presente es echarle también sobre todos los oscuros mundos del crimen o la corrupción de una sociedad. No hay que destapar las alcantarillas por el dudoso placer de los malos olores, pero tampoco hay que olvidar que existen para evitar que aniden en ellas las ratas de una posible peste que cualquier día puede salir a la superficie de las calzadas e inundar la vida alegre e hipocrita de los ciudadanos encubridores.

No hay que calumniar al mundo moderno, diciendo que estas orgías sólo pueden ocurrir en él, no hay



que calumniar al progreso técnico y económico haciéndole responsable de ellas, no hay que hablar de juventudes desquiciadas, que es lo que siempre han dicho todos los viejos y todos los envidiosos de cualquier época. Los vicios y las virtudes son de todas las épocas y de todos los hombres, y el pobre mister Profumo es casi una novicia comparado con otros augustos sinvergüenzas del pasado, que hasta se llamaban el Rey cristianísimo. Reconocemos que al menos el mundo moderno tiene un poco más de lealtad que otras épocas y no trata de disfrazar la obscenidad, por ejemplo, con «santas» razones. Algo es algo. Reconocemos que, al menos, en todo este asunto ha habido una persona llena de dignidad y de auténtica altura humana: Valeria Hobson, la mujer de mister Profumo está ahora acompañando a su marido en medio de la desgracia y el escándalo.

Nadie parece haber reparado en esto, pero sin embargo ahí está. Podía haber jugado como nadie al papel de víctima pura e inocente, pero ha preferido callar y comprender, bajar a la alcantarilla donde estaba su marido y limpiarlo y amarlo, en vez de maldecirlo puritanamente y llena de soberbia, porque Dios nos libre de los seres puros como ángeles y soberbios como demonios. Son capaces de las mayores monstruosidades hasta en nombre de la virtud. Algún día habrá que estudiar, por ejemplo, la triste actividad de ciertas Ligas de moralidad en Norteamérica, y otros países, formadas por verdaderos basiliscos, ves-

tidos del cuello hasta los pies, pero pidiendo la muerte del enemigo con una furia y a la vez una frialdad verdaderamente satánicas.

Nunca es, desde luego, un buen síntoma indignarse demasiado ante las debilidades de los hombres. En la Edad Media eran muchos hipocritas los que lanzaban sus apóstrofes y su soberbia contra la corrupción de ciertos prelados, pero Francisco de Asís y otros santos, a la vez que lanzaban los dardos de su protesta lanzaban los de su amor y aquello fué sanándose. Lo que no es lícito es darnos por inocentes e irresponsables de la porquería que hay hoy en el mundo. Al infierno del crimen o de la prostitución se entra por muchas puertas y una sociedad no puede lavarse las manos de su inocencia. Porque incluso de los más sucios negocios suelen pagar la cuenta los pobres y los pequeños que durante tanto tiempo y hasta en nuestros días siguen siendo oficialmente corrompidos, porque la moral de un Occidente que se llama cristiano está todavía muy ampliamente basada en los vestidos y demás signos externos. De modo que a pobres vestidos debe corresponder, por principio, una moral baja. Quizás sea esto lo que indigna tanto de estos escándalos a los pudibundos y distinguidos señores: el que sus protagonistas sean la buena y alta y moralísima sociedad de los buenos vestidos y los buenos coches, porque como decía, hace unos años, un eximio periódico: por la calidad de los coches se podía conocer la calidad de las personas que asistían a una cierta fiesta mundana del Ritz madrileño.

Por lo demás, mister Profumo ha confesado su pecado en público ante los representantes parlamentarios del pueblo. En otras épocas y hasta en ambientes más puros, esto no hubiera sucedido nunca. Pero debemos de alegrarnos de que así haya sido: es una nota de sumo valor; la dignidad del hombre asoma siempre aun en medio de las peores debilidades y un hombre educado democráticamente y actuando democráticamente sabe confesar sus propios yerros con perjuicio de sí mismo para salvar la verdad, para destruir la mentira que antes había lanzado. El algo maravilloso, algo que honra a un hombre, a un país y aun sistema político. Y cuando la verdad se mantiene en una sociedad, no habrá jamás alcantarillas, por sucias que sean, que puedan corromperla.

JOSE JIMENEZ LOZANO

MARIUS Pope, redactor del «Evening Standard», comentando el caso Profumo, reconoce el desplome de la reputación de honestidad de ciertas clases inglesas. No se trata pues, de que las clases dirigentes inglesas hayan comenzado a perder la honestidad, sino a perder la reputación, la fama. Así afirma:

«Hubo un tiempo en que las clases dirigentes inglesas podían ir hasta los confines del Imperio y practicar allí toda clase de vicios que deseaban lejos de la mirada del público. Podían permitirse relaciones sexuales ilícitas con la población inglesa, podían ser sádicos, mentir, jurar, jugar y beber sin miedo de ser desenmascarados... luego volvían a la metrópoli con un nimbo de gloria y a veces con un título. Entonces ensayaban una actitud de perfecta rectitud...»

Se trata de un desenmascaramiento... Gracias al atractivo de una mujer, nos ha sido posible entrar en las intimidades de una clase celosa siempre de su reputación; nos in-



filtramos dentro del mito de una clase muy respetable, tan respetable y aparatosa, que los hombres aparecían deshumanizados. Y dentro, ¿qué había? Hombres sencillamente, unos con unos vicios y otros con otros...

Todos los personajes que intervienen en el caso Profumo, desde los protagonistas hasta los actores secundarios, son famosos, aristócratas, hombres de Gobierno, artistas...

Podríamos pensar que se trata de unos hombres determinados y que su modo de vida no puede hacerse extensivo a todo un grupo o clase. Nada menos cierto. Si el caso Profumo ha sido alreado, no es por motivos morales, sino porque el caso Profumo tiene un alcance

político. Si el caso Profumo ha sido descubierto, no ha sido debido a que el ministro tuviese relaciones con una prostituta elegante y un proxeneta que ocultaba su condición bajo la práctica de la medicina y el arte, ni porque hubiese por medio un aristócrata en cuya piscina se bañaba desnuda C. Keeler, ni porque las relaciones de Ward alcanzasen a otros hombres famosos y «respectables»...

Si se ha levantado el velo que ocultaba las vidas íntimas de estos hombres, ha sido porque daba la casualidad que C. K. era amiga de un diplomático ruso. Si se ha llevado la cuestión al Parlamento por los laboristas, ha sido porque a causa de las debilidades de un ministro de la Guerra, se ha puesto en peligro la seguridad del país...

Es curioso cómo concebían el vicio de la opinión pública y las clases medias. Entrar pavoro en el concepto de vicios todos aquellos hechos inmorales que están al alcance de todos. Lo que las clases medias y la opinión pública no permite a los miembros de las clases dirigentes, es que tengan vicios digamos vulgares. Pero cuando los vicios—por ejemplo, estos lujos innecesarios e injustos—son privativos sólo de una clase, entonces son considerados como cosas de «buen gusto». El caso Profumo nos aclara pues, que las clases altas tienen los vicios de las clases bajas y además otros exclusivos.

C. ALONSO DE LOS RIOS

LOS CLARINES DEL ESCANDALO

EL eco que ha dejado tras de sí el «affaire» Profumo-Keeler nos muestra en un entraña más palpante el estúpido sensacionalismo para uso de ingenuos que han desatado rotativos, semanarios y publicaciones destinadas al gran público, que no solamente airearon la turbia atmósfera del caso, sino que se han sentido obligados, en aras de un sentido de la «información» que nos asquea, a lavar las ropas sucias a la vista de todos, con una proflijidad que sobrepasa lo morboso.

Cristina Keeler, la triste figura central del enredo, dijo hace unos pocos días: «Estoy harta de que me exploten desde que tenía quince años; de ahora en adelante cuidaré personalmente de mí misma». Y desde luego contaba con un sensacionalismo a su favor. Asediada por los periodistas, barajando contratos de cine fabulosos, buscando, tal vez, nuevos motivos de escándalo, se permite el lujo de despreciar una proposición de diez millones de pesetas para actuar «en exclusiva» en una sala de fiestas. El genio financiero de esta muchacha de veintitún años se ha despertado asombrosamente y no sería de extrañar que antes de que cumpla sus veintidós bochornosos cumpleaños tenga la fortuna asegurada. Tampoco creemos improbable, tal como van hoy día las cosas, que, pasada la resonancia de sus aventuras se convierta en una juiciosa mujercita y posiblemente —todo se olvida— tenga fácil acceso a eso que llaman la «buena sociedad».

El sensacionalismo mueve sus garras tentaculares en torno a estas personas. Cristina Keeler lo sabe perfectamente. Ella se encargará de administrar sabiamente el escándalo para que le rinda el máximo provecho.

mentalidad de personas ingenuas que todavía creen a pies juntillas muchas cosas que otros hemos dejado de respetar hace mucho tiempo.

Hay demasiada fiesta de sociedad, demasiados remilpos y demasiada adulación, para que podamos sospechar que el caso Keeler sea una pieza aislada en el tinglado cortesano del mundo. No es necesario ir a Inglaterra para encontrar analogías sospechosas. Para constatar que un mundo podría, «al vez» bajo hipocritas formas aparentes, nos rodea por todas las partes. Y los corifeos de los mundanos ecos de sociedad nos



lo meten por los ojos, se lo graban en la inteligencia a quienes todavía admiran tontamente a ciertos personajes que en la vida no han sabido más que perder el tiempo y derrochar un dinero que no han ganado sus manos.

Lamentable todo ello. Lamentables esas publicaciones cuyo contenido se repite semanalmente. Que se dedican a resgatar a los nostálgicos el buen vivir de los desocupados, las andanzas de los astros del firmamento de luces de neon, las cuitas de las meretrices ilustres y las cavilaciones de las grandes damas ante las colecciones de verano de los modistos en candelero.

Entre la sociedad extrema del «affaire» Keeler y las pacatas fiestecitas de sociedad hay todo un mundo. A ese mundo se vienen dedicando tenazmente quienes, despreciándolo tal vez, encuentran inspiración para sus comentarios galantes. Este estado de cosas es el responsable directo de la mediocridad que nos rodea. Y queda más grave si advertimos que es en la mentalidad juvenil donde el impacto se produce mucho más acusado. Si para bien o para mal se insiste constantemente en «ejemplos» tan alucinadores, ¿qué podemos esperar de, futuro de quienes empiezan la vida?

MIGUEL ANGEL PASTOR



Cuando la democracia lava su ropa sucia

INGLATERRA es el país de los enigmas políticos y de las grandes contradicciones históricas. Tan pronto un buen día se da cuenta que la India está perdida y la abandona olímpicamente, como vuelve sus armas contra los patriotas de Chipre o ataca los derechos de todo un pueblo en el canal de Suez. Inglaterra es el país que más claramente cree en que la palabra democracia, que, siendo de origen griego, ha tenido la mejor acogida en este pueblo de abuelos sajones. En Inglaterra es donde más se respeta la libertad, sobre todo la individual de forma de expresión y expo-

lo, se ha teñido de un auténtico colorido inglés con todas las ventajas y desventajas que esto supone. El «affaire» Profumo, pese a su aspecto negativo de hecho escandaloso, manifestación de bajas pasiones y morbosa conmoción popular, ha puesto de manifiesto todos los valores que dentro de sí encierra la democracia cuando ésta se practica con auténtica libertad de pensamiento y expresión del mismo. Y decimos que el asunto Profumo se ha teñido con auténtico colorido inglés, porque encierra dentro de sí un enigma político que muy difícilmente se podrá descifrar; porque ha constituido un verdadero acto de democracia al ponerlo en conocimiento de la democracia, esto es, del «gobierno del pueblo»; porque es un acto de libertad en donde se ha dejado que cada uno se expresara libremente, hasta el hecho de que un ministro se declarase perjuro en el Parlamento; porque es un hecho que rompe la exquisita tradición británica, tantas veces rodeada del aparato externo de su hipocresía, al lanzar al conocimiento público de la opinión las relaciones de lores y ministros con cortesanas de baja estofa; y, porque, finalmente, en la baraja política el «affaire» Profumo ha constituido una verdadera jugada de «fair play» al decir, poco más o menos: «Señores, juguemos limpio, pongamos las cartas boca arriba».

Pero es que también el caso Christine Keeler-Profumo, aun a pesar de sus aspectos más desagradables, ha puesto de manifiesto todos los valores que encierra dentro de sí la verdadera democracia. Al airear sus «trapos sucios», la democracia ejercita un acto de honradez ante el propio pueblo que representa. Es, al mismo tiempo, un acto de salud pública y la mejor demostración de que se está jugando limpiamente en la gran ruleta de la política. Porque

hay que desengañarse, los pecados les cometen los hombres, sean ministros o no, y cuando en una democracia se esconden los «trapos sucios», éstos, al cabo de poco tiempo, huelen mal y con el murmullo de la gente infectan el país. Porque una cosa es pregonar la democracia y otra el practicarla. La democracia al lavar su ropa sucia en Inglaterra ha llevado a cabo toda una labor de higiene pública y política y burla burlando ha dado un ejemplo que bien debiera imitarse.

JAVIER PEREZ PELLON

LOS LIBROS DE LA SEMANA PRESENTADOS POR "LIBRERIA LARA"

«VATICANO PUERTAS ADENTRO» (Por Benny Lai).

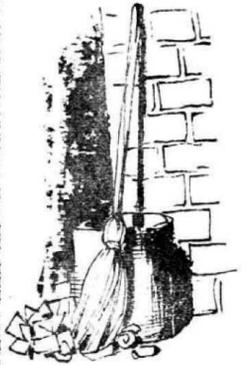
No es éste un libro contra el Vaticano ni un libro a favor del Vaticano. Es una pintura mural de ese mundo del que todos hablan, pero pocos conocen; exenta de todo afán apologético, más al mismo tiempo sin la acritud del adversario.

¿Qué es el Vaticano? ¿Sus paredes, sus palacios, las ceremonias fastuosas y deslumbrantes, o la gente que vive y trabaja dentro de sus muros? Queda contestada esta pregunta con lo visto y oído año tras año, desde 1953 a 1958, a la otra orilla del Tiber. Los personajes vaticanos, desde el Papa al simple sacerdote, son captados en su más auténtica realidad, frente a los problemas cotidianos o ante los acontecimientos históricos, en un diario que registra escrupulosa y fielmente tristezas y momentos de buen humor.

«HOMBRES MADE IN MOSCU» (Por Enrique Castro Delgado).

A su condición de testimonio excepcional, «Hombres made in Moscu», une la de ser un libro escrito con rabia, dolor, esperanza, sangre y finalmente decepción. ¡Qué gran obra y qué gran elección! Enrique Castro Delgado, exiliado hoy en Méjico, habla con el corazón a todos los hombres del mundo. Veinticinco años de reflexión para unas páginas inesperadas, terribles, escritas por un combatiente de la Literatura, por alguien que ha vivido en el centro de un volcán y ahora testifica con desgarrada sinceridad.

LIBRERIA LARA FUENTE DORADA



sión del propio pensamiento, origen y verdad de toda convivencia humana. Inglaterra es uno de los países que mantienen más apego a sus viejas costumbres y tradiciones, pero que, en los momentos oportunos, ha sabido romper con ellas y colocarse a la cabeza de ideas innovadoras. Inglaterra, pese a que de hecho no siempre lo ha demostrado, es la inventora del «fair play», juego limpio, tanto en las laboriosas relaciones políticas como en aquellas otras más sencillas que son las simples de hombre a hombre.

El «affaire» Profumo, al salir a los aires del escanda-

EL CABALLO DE TROYA